

Hombres cuidadores: el reto del siglo XXI.

Male carers: the challenge of the 21st century.

Cristina Castellanos Serrano

ccastellanos@cee.uned.es
Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED).

Isabel Castellanos Serrano

isabel.regenera@gmail.com
Regenera Psicología & Coaching.

Recibido: 03/05/2024

Aceptado: 23/10/2024

Actas de Coordinación Sociosanitaria.

Número 35 - Noviembre de 2024.

Cómo citar este artículo:

Castellanos Serrano, C. y Castellanos Serrano, I. (2024). Hombres cuidadores: el reto del siglo XXI. *Actas de Coordinación Sociosanitaria*, (35), pp 76-101.

RESUMEN

Dentro del marco de la psicosocioeconomía, se propone un marco teórico en el que se plantea una nueva combinación de los arquetipos clásicos, como expresión del inconsciente colectivo y como elementos que pueden ayudar a entender el desarrollo humano, individual y colectivo. Estos arquetipos, que también son clave en las identidades de los hombres, son el Inocente, el Huérfano, el Vagabundo, el Cuidador, el Amante, el Guerrero, el Mago y el Rey.

El arquetipo del Cuidador, que renombra al clásico Mártir, es un elemento esencial en el rol e identidad de padre cuidador. En la interacción de la psique, con el comportamiento individual y colectivo, se observa con la evidencia reciente como una política pública permite que este arquetipo surja y adquiera cierto peso en función de las características determinadas del sistema de permiso parentales. Los permisos parentales iguales, intransferibles, pagados al 100%, con una parte amplia de uso sucesivo y con una extensión considerable de tiempo en el primer año de vida del bebé permiten que poco a poco más hombres cuiden de forma autónoma y se generalice el homo curans en la sociedad, condición necesaria para la eliminación de la división sexual del trabajo.

PALABRAS CLAVE

Permisos parentales, políticas públicas, arquetipos, padres cuidadores, igualdad de género, cuidado, masculinidades, economía feminista.

ABSTRACT

Within the framework of psycho-socioeconomics, the theoretical framework proposes a new combination of classical archetypes, which are an expression of the collective unconscious, as elements that may help to understand human development, both for men and women. These archetypes, which are also key to men's identities, are the Innocent, the Orphan, the Wanderer, the Caregiver, the Lover, the Warrior, the Magician and the King.

The archetype of the Caregiver, which renames the classic Martyr, is an essential element in the role and identity of the caring father. In the interplay of the psyche, with individual and collective behaviour, recent evidence shows how public policy allows this archetype to emerge and acquire some weight depending on particular characteristics of the parental leave system. Equal, non-transferable, 100% paid parental leave, with a large share of successive use and with a considerable extension of time in the first year of the baby's life, gradually allows more and more men to take care of their children autonomously and homo curans to become generalised in society, a necessary condition for the elimination of the sexual division of labour.

KEYWORDS

Parental leave, public policies, archetypes, caring fathers, gender equality, care, masculinities, feminist economics.

1. INTRODUCCIÓN

Los cuidados son un elemento esencial de la vida. Sin ellos no crecemos, no nos desarrollamos, nuestra calidad vital se debilita en proporción al grado en el que se reduce su presencia, nos morimos. En mayor o menor intensidad, se necesita dedicar tiempo, presencia y recursos a esta cuestión vital, que va más allá de realizar o gestionar ciertas tareas, ya que incluye la responsabilidad y los afectos, la capacidad de dar de una persona para el bienestar de otras a la vez que sostiene su propia vida.

Estos cuidados son imprescindibles no solo para la vida de cada individuo sino para el conjunto de la sociedad y también para la economía. Sin personas relativamente sanas, no habría personas adultas que trabajaran, ni que consumieran ni que dirigieran instituciones, negocios o familias. Las familias son el núcleo donde se produce una gran parte del cuidado para que el ciclo vital siga sucediendo y los seres humanos se sigan reproduciendo. Para que una persona sea relativamente sana debe serlo en lo físico y lo psíquico, estar descansada, nutrida y tener unas relaciones afectivas saludables que permitan el desarrollo individual y colectivo.

Todas estas cuestiones, que parecen obvias, han estado y en muchos casos todavía están en las manos y espaldas de las mujeres. En el último siglo se ha empezado a visibilizar la relevancia de los cuidados. En un primer momento, sólo se valoraban y visibilizaban aquellas partes de los cuidados que se realizaban en mayor medida por hombres, como los cuidados aportados desde el sector de la medicina. Es en las últimas décadas del siglo XX y especialmente en las primeras del siglo XXI cuando se ha empezado a hablar y estudiar en mayor profundidad esa otra parte del cuidado proporcionada en el hogar y en parte del sistema educativo, que tiene una periodicidad constante y recurrente, una cotidianidad que hace de los cuidados el centro de las vidas. Para el “*homo economicus*” el centro vital es la participación en el mercado, ya sea como persona que consume o que trabaja de forma remunerada. Esta figura es la protagonista en un sistema patriarcal en el que los cuidados y aquellas personas que los proveen se invisibilizan. Para el “*homo curans*” los cuidados están en el centro. No anula su vinculación con los mercados, pero no son necesariamente su centro vital, o al menos su único centro, sino que puede moldear su participación según las necesidades y prioridades planteadas por el cuidado propio, el de las demás personas y el de crear y vivir en instituciones justas donde estos cuidados sean compatibles con una vida digna de ser vivida (Domingo Moratalla, 2022).

Sin duda, no es casualidad que se haya llegado al mismo término de “*homo curans*” desde la ética y la filosofía moral que desde la evaluación de políticas públicas con perspectiva feminista (Recio Alcaide et al., 2024), pero con unos componentes prácticos relativamente distintos. La “ética del cuidado”, clave en la economía feminista y en la explicación de las prácticas de las mujeres para cubrir la mayoría de los trabajos reproductivos, es incorporada en sendos enfoques, mostrando que la relación entre los sujetos, la responsabilidad y el poder son elementos muy relevantes del cuidado. En estas prácticas se observan distintas estrategias para proveer los cuidados, teniendo el enfoque interseccional especial relevancia, ya que los cuidados y la forma de proveerlos se manifiestan según otros condicionantes, como la nacionalidad, el nivel educativo, el estatus migrante, la disponibilidad de recursos económicos, la situación laboral, la etapa vital, etc.

Esta ética de los cuidados que está en el centro de la socialización y comportamiento de la mayoría de las mujeres se está incorporando en alguna medida al comportamiento de algunos hombres. Sin embargo, los cuidados como elemento central de la distribución de los tiempos y prioridades en el caso de los hombres continúan siendo una cuestión minoritaria, tanto considerando el cuidado infantil como el cuidado a personas ancianas o en situación de dependencia. La proporción de hombres dispuestos a realizar sacrificios laborales por los cuidados en tiempo e intensidad es aún muy escasa en España y en toda Europa (Martínez-Pastor et al., 2024).

Por tanto, tal como señala Wilber (2005), conseguir que los hombres incorporen el rol de padre cuidador, que tengan un pie bien arraigado en cubrir las necesidades de cuidado de su descendencia es “la pesadilla de toda una civilización”, es la tarea pendiente para permitir el desarrollo de toda una sociedad. Wilber lo considera la gran “novedad evolutiva”.

Este cambio, para que suponga una novedad evolutiva, un cambio que permita una variación sustancial de la organización social y económica, tiene que ser un cambio generalizado, colectivo. Y para que esto se produzca en nuestra economía y sociedad es necesario cambiar las leyes y las políticas públicas. La legislación es el mecanismo que permite modificaciones coordinadas en tiempos relativamente más cortos. Frente a las campañas de sensibilización y formación o derechos laborales varios, como la excedencia o la flexibilización y reducción de jornadas laborales, la política que ha mostrado resultados e impactos positivos más esperanzadores es la inclusión de permisos parentales remunerados no transferibles, usados de forma independiente a las mujeres durante el primer año de vida.

Este artículo se estructura de la siguiente forma. En el segundo apartado se presentan los cuidados en el contexto de la psicosocioeconomía como marco interdisciplinar incipiente. En el tercer apartado se expone un nuevo marco de los arquetipos en el que se puede incorporar al hombre cuidador, elemento desarrollado en el apartado cuarto. Tras abordar los elementos clave del sistema de permisos parentales que son relevantes para que emerja socialmente el padre cuidador en el apartado quinto, se expone en el penúltimo apartado los obstáculos ante el avance de esta política. Se finaliza con las principales conclusiones.

2. LOS CUIDADOS EN PSICOSOCIOECONOMÍA

La vinculación de la economía con la psicología y la sociología para plantear la cuestión de los cuidados supone un paso notable para abordar la complejidad de este elemento estructurador de la vida. El término “psicosocioeconomía”¹ evidencia la relevancia de un enfoque multidisciplinar en el que algunos autores han avanzado sustancialmente, aunque aún no se haya aplicado al ámbito de los cuidados y el trabajo reproductivo (Rovira y Escribano, 2019). Los procesos de cambio, crecimiento personal y organizacional, entendiendo la familia, además de las empresas y organizaciones empleadoras, también como una organización social, pueden aplicarse a la participación de los hombres en los cuidados.

Los cuidados, tanto para quienes los dan como para quienes los reciben, tienen influencia en la vida de cada persona, en su identidad, en su autoestima, en cómo se distribuye el tiempo en las diferentes facetas en cada momento y a lo largo del ciclo vital. El impacto de los cuidados no es solo individual o familiar, sino que tiene también un componente social, además del económico, muy relevante, en el que los roles sociales y los roles de género interactúan en cómo se conciben, valoran y ejecutan los roles de cada persona. En este enfoque interdisciplinar de la psicosocioeconomía ya se ha puesto de manifiesto que la autoestima es un elemento que puede suponer un factor limitante o potenciador de las masculinidades cuidadoras, según el contexto en el que esta se desarrolle. Cuando las políticas públicas impulsan el reconocimiento de la parte del “cuidar” y del “ser querible” de forma similar en hombres y mujeres, los hombres van incorporando en su autoestima la “valía”, más ligada al hacer en lo público y el reconocimiento social, y el “aprecio”, más unido al querer y al cuidar, al ser querible, amable y bueno, que ha tenido un peso mucho más fuerte en la autoestima femenina a lo largo de los siglos (Castellanos Serrano y Castellanos-Serrano, 2024).

Cuando los hombres participan corresponsablemente en los cuidados descubren partes de sí mismos latentes que les hacen crecer, desarrollarse y ser felices en una dimensión profunda, mejorando uno de los dos pilares básicos de la autoestima, el denominado “aprecio”. Esta dimensión consiste en esa parte emocional del autoconcepto en el que se valora el ser una persona querida, a la que tratan bien, que cuida a la gente que le importa, que es amable, el trato amoroso con las personas cercanas es bidireccional y una realidad cotidiana. Es decir, la participación en el cuidado, tanto infantil como de personas adultas, sean o no dependientes, refuerza el elemento del querer con presencia, frente a la dimensión de la autoestima de la “valía”, que está más centrada en el hacer

1. En la preparación del capítulo “Fomentando las masculinidades” (2024), reflexionamos sobre la vinculación de la psicología, la sociología y la economía, y concluimos que la “psicosocioeconomía” era el marco teórico en el que encuadrábamos los planteamientos teórico-prácticos que estamos desarrollando y que desarrollaríamos este concepto en el ensayo que estamos escribiendo y que esperamos que pueda ver la imprenta en un futuro próximo. Este concepto ha sido usado por Rovira y Escribano (2012), con un enfoque algo distinto, más centrado en las organizaciones, pero que incorpora la relevancia de la vinculación de estos tres campos.

en la esfera exterior, en el ser reconocido socialmente, tener un sueldo, ser admirado, considerarse hábil, inteligente, una dimensión que suele estar bastante más desarrollada en los hombres que la del “aprecio” (Castellanos Serrano y Castellanos-Serrano, 2024).

Sin embargo, ese cambio y sus consecuencias psicológicas positivas se están viendo desde un punto de vista individual. El *homo curans* es todavía una realidad minoritaria en la sociedad. En el caso de la paternidad corresponsable está empezando a darse. Si bien es un comportamiento minoritario, ya es observable en la sociedad. Un 15% de los padres que tuvieron un permiso por nacimiento en 2022 usaron 10 semanas seguidas después que las madres usaran el suyo (Recio Alcaide et al., 2024). Es decir, fueron los principales responsables de que sus bebés estuvieran cuidados durante las horas de trabajo de la madre. Este tiempo de solo *care*, el cuidado en solitario por periodos relativamente largos de tiempo, se evidencia como factor fundamental para que los padres cuiden de forma corresponsable después del permiso, a lo largo de todo el ciclo vital (Bünning, 2015; Duvander et al., 2017). Es decir, en esos casos la participación de los hombres en el cuidado no es un espejismo que dura solo durante el tiempo del permiso parental remunerado. Cuando el uso del permiso es relativamente largo y es ejercido de forma autónoma, este periodo de mayor implicación en el cuidado se convierte en una experiencia suficientemente relevante como para impactar en la identidad del individuo, en la valoración del rol de padre cuidador y en sentirse y saberse “padre cuidador”, frente a las identidades más comunes de “padre proveedor”, “padre ayudante” o de “padre ausente” (Fernández-Cornejo et al., en prensa). Además, esta identidad saliente de hombre cuidador se hace generalizable a otros vínculos afectivos.

Que los hombres incrementen de forma sustancial su responsabilidad de cuidar no solo tiene efectos positivos en su autoestima. Su efecto se aprecia en las dinámicas familiares, la distribución de los cuidados dentro de las familias, los roles sociales que cubren y su disponibilidad para el mercado de trabajo, con los consiguientes cambios organizativos y económicos que eso supone. Es decir, que los hombres cuiden más, considerando este paso no desde el punto de vista individual sino colectivo, con efectos en lo social y la economía, es para la *psicosocioeconomía* el elemento clave para un cambio de paradigma. Todavía es un fenómeno minoritario, pero ya es analizable. Los padres que han ejercido el cuidado solos por un tiempo continuado suficientemente largo señalan su sentimiento de mayor legitimidad para ser un cuidador principal y su identidad de padre cuidador es más saliente (Fernández-Cornejo et al., en prensa).

Según existan más cohortes de padres que vayan incorporándose al rol de padre corresponsable y si ese fenómeno se extiende, las consecuencias sociales y económicas son más evidentes (Arnalds et al., 2022) y el cambio social se acelera reduciéndose los costes individuales y sociales de dicho cambio. Cambiar individualmente es más costoso que hacerlo en grupo como sociedad, especialmente cuando se modifican comportamientos que afectan a la identidad (Akerlof y Kranton, 2010).

En la actualidad, el cuidado provisto dentro de las familias ya no es suficiente para garantizar el bienestar. Por un lado, se han visto los enormes beneficios de los cuidados provistos por otras instituciones, como las del sistema educativo, el sanitario o la protección social. Por otro lado, las mujeres, que son las que proveen la mayoría del cuidado en las familias, trabajan ya de forma mayoritaria en el mercado de trabajo y son menos las horas que tiene al día para cuidar, mientras los hombres no han aumentado su participación en el cuidado, de forma que pueda compensarse. Las mujeres siguen cubriendo la mayoría del cuidado y las dobles jornadas de las mujeres son un fenómeno habitual. Actualmente, es visible el fuerte desequilibrio existente, ya que los hombres emplean pocas horas al día para cuidar, para el trabajo reproductivo, y ellas han aumentado considerablemente las horas de trabajo productivo.

Todo esto lleva a la necesidad de avanzar en dos líneas: la universalización de los servicios públicos de calidad relacionados con el cuidado y la necesidad de incorporación mayoritaria de los hombres al cuidado. La primera dimensión tiene todavía amplio margen de mejora, pero ya es un elemento desarrollado en cierto grado en España y el resto de los países europeos con el desarrollo de la sanidad, la educación, los servicios sociales y los cuidados de larga duración dentro de los Estados de Bienestar (Castellanos Serrano, 2023). Parte del trabajo reproductivo que cubrían las mujeres se ha cubierto en la actualidad por los servicios públicos y la externalización en el mercado, que es cubierto también mayoritariamente por mujeres (Castellanos-Serrano et al., 2024b). Sin embargo, la incorporación de los hombres a los cuidados es un elemento todavía muy minoritario en las sociedades occidentales, especialmente cuando esto tiene consecuencias económicas negativas en su participación en el mercado de trabajo (Martínez-Pastor et al., 2024). Este capítulo se centra en este elemento con mayor margen de mejora, por ser una cuestión profundamente arraigada en la cultura, sociedad y economía actuales.

3. LOS ARQUETIPOS: ENTRE LA EVOLUCIÓN PERSONAL Y SOCIAL²

En economía se suele partir en los modelos y teorías de una persona adulta preparada para el trabajo, el estudio o el ocio, dispuesta a optimizar su utilidad. Si bien los modelos se complejizan y se introduce la incertidumbre, diferentes preferencias o supuestos de no racionalidad perfecta, raramente se introducen en los modelos el cuidado o la necesidad de recursos y tiempo para que las personas se desarrollen. Una parte significativa de quienes han desarrollado las teorías económicas han sido hombres, para los que el tiempo de cuidado siendo adultos no ha sido

2. Este apartado es un breve resumen de parte del ensayo que estamos realizando. Relaciona cuestiones psicológicas y sociales que tienen impacto en lo económico y las políticas y cómo la economía impacta en la evolución de las primeras. Es un marco teórico que ayuda a entender, más que una descripción de la realidad, como la mayoría de teorías.

relevante en su toma de decisiones y no han tenido en cuenta todos estos recursos necesarios para llegar a ser una persona adulta en disposición de realizar diferentes tareas. Es por esto que se ha hablado del homo economicus, cuando la realidad es bien diferente. Cuando se estudia la economía de las organizaciones o la evaluación de políticas públicas, la economía más aplicada ya empieza a mirar a los individuos de forma algo diferente, entendiendo diferentes motivaciones y comportamientos, los efectos de los incentivos y las influencias multifactoriales, en los que los impactos se observan en el largo plazo y se tienen en cuenta variables muy diversas. Cuanto más cerca de la realidad y la práctica nos encontramos, se hace necesario integrar los conocimientos de la psicología y la sociología como marcos relevantes para entender el comportamiento, las interacciones y la evolución del individuo, las sociedades y sus economías. En este sentido, para entender el comportamiento de los individuos es relevante entender no sólo el contexto económico y los recursos disponibles, sino los comportamientos colectivos, la influencia de los roles sociales, de la cultura, de los mitos, de la psique, del imaginario del inconsciente individual y colectivo.

Los roles de género, al igual que los arquetipos, no son categorías claras e inmutables, son conjuntos de características o preferencias que nos permiten acercarnos a ciertos comportamientos, funciones, expectativas y formas de entender la vida (Imagen 1). Nos ayudan a incorporar o entender asunciones, objetivos, motivos por los que cada persona o grupos de individuos deciden o asumen vivir las vidas de determinadas maneras. Probablemente son formas de explicar o entender algunos de los mecanismos por los que pensamos y actuamos de forma automática. El Nóbel Kahneman (2012) ya nos enseñó a gran cantidad de economistas qué lejos estamos las personas de decidir y actuar con racionalidad y cómo usamos formas automáticas de pensar y actuar.

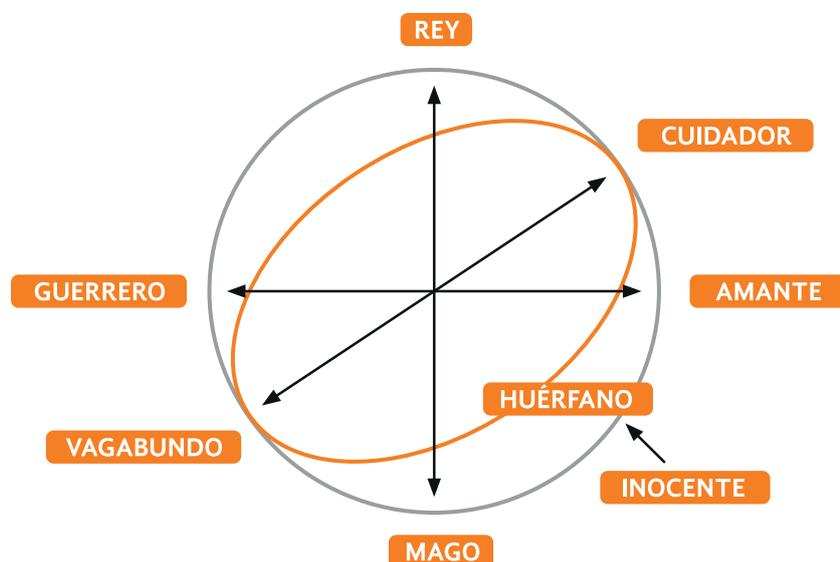
Para poder entender la evolución y desarrollo de los individuos se plantean algunos arquetipos clásicos. Los nombres están en masculino porque este capítulo se centra en los hombres y en cómo las políticas tienen efectos en su psique, en su comportamiento y en la cultura, y en cómo cambios colectivos pueden empujar o impedir el cambio real de sus comportamientos y del imaginario colectivo, lo que en ocasiones se denomina la superestructura (Pazos Moran, 2018).

El Inocente nos habla de nuestro deseo de ser plenamente cuidados y satisfechos. La experiencia más cercana para aquellos que han tenido una infancia feliz es la temprana infancia. Desde este arquetipo las otras personas y el mundo están aquí para servirme y satisfacerme. Para los Inocentes es difícil tomar consciencia de una perspectiva diferente y tomar consciencia de lo que ello supone para los otros. ¿Cómo se sentirá aquel o aquello que me sirve? La inocencia, natural durante las etapas tempranas, implica un grado importante de negación y narcisismo cuando perdura

en la vida adulta. Pero antes o después se produce la Caída del Edén, la desilusión frente a los padres, la política o la religión. Esta toma de conciencia transforma a los Inocentes en Huérfanos. La toma de conciencia de que el mundo no siempre es justo, la autoridad no siempre es buena, las mujeres no están aquí sólo para satisfacerme, sino que tienen deseos propios en el caso de los hombres, o los hombres no son sólo una fuente de protección y de provisiones en el caso de las mujeres. Los Huérfanos se sienten defraudados, el mundo no es lo que debería ser. Los Huérfanos se sienten abandonados e impotentes y sienten miedo. Perciben el mundo como un lugar hostil y, desde este arquetipo, prima la supervivencia. Esta etapa es profundamente dolorosa. Se busca mitigar el dolor para sentirse seguro, ya sea con drogas, alcohol, trabajo o relaciones. Prima la búsqueda de la protección y pese al temor subyacente la emoción más evidente es la ira. Para el Huérfano “el otro” es responsable de su falta de cuidados. Muchas veces los Huérfanos tratan de aferrarse a su inocencia y niegan el sufrimiento y el dolor, lo que dificulta la toma de conciencia y el desarrollo personal. En un desarrollo natural la fase del Huérfano es relativamente breve. La desilusión frente a la autoridad impulsa al desarrollo de las propias capacidades y a confiar en uno mismo (Pearson, 1944).

Desde este punto de partida podemos desarrollar distintos arquetipos. Algunos emprenderán la travesía desarrollando el arquetipo del Vagabundo, primará el aprender a sobrevivir por sí mismos sin necesidad de apoyo, explorarán el mundo sin prestar especial atención a sus vínculos. Otros activarán lo que Carol Pearson (1944) ha llamado el Mártir o Altruista, pero parece útil renombrar como Cuidador. Se esmerarán en convertirse en aquello que tanto anhelaron, en ser buenos, cuidar y nutrir a las otras personas, confiando en que nosotros también recibiremos atención y cuidado en algún momento. Algunos se desarrollarán activando la energía del Guerrero, afrontando la vida de forma ofensiva, con claridad hacia sus deseos y la estrategia para conseguirlos, sin importarles sufrir para conseguir sus metas, con las que tienen un compromiso transpersonal (Pearson, 1944; Moore y Gillette, 1990). Están aquellos para los que es prioritario el juego, la satisfacción de sus pasiones y el disfrute proporcionado por sus sentidos y, a través de su sensibilidad, se sienten profundamente conectados con el mundo y con los otros. Estos últimos encarnan el arquetipo del Amante (Moore y Gillette, 1990). La activación de los arquetipos del Mago y del Rey suele ser posterior. Quienes activarán su Mago interior a menudo lo hacen al enfrentarse a situaciones críticas. Buscan iniciarse en conocimientos “secretos”, conocimientos que requieren una formación especial y mucha energía, tiempo y dinero, y que les permite aumentar su conciencia y perspicacia y entender las dinámicas de la energía natural, humana y espiritual (Pearson, 1944; Moore y Gillette, 1990). Alrededor del arquetipo del Rey se suele organizar el resto de la psique masculina, si es que surge al final del desarrollo. Este arquetipo estabiliza, serena y centra, permite organizar el mundo interno y externo y es profundamente generativo (Moore y Gillette, 1990).

Imagen 1. Los arquetipos masculinos del siglo XXI



Fuente: Elaboración propia basada en Pearson (1944) y Moore y Gillette (1990).

4. LOS HOMBRES Y LOS CUIDADOS

A pesar de que los hombres cuidan, en general su papel es secundario, minoritario y en muchas ocasiones no se reconoce como “cuidado”, porque viene circunscrito en unas condiciones distintas a aquellas en las que las mujeres cubren los cuidados. Además, en las funciones que sí cumplen, en términos generales, sus roles como cuidadores en la esfera pública son mejor valorados y pagados. Piénsese, por ejemplo, en la tarea de alimentar. No se valora igual, ni se paga, el trabajo necesario para hacer una deliciosa tortilla de patatas hecha por un cocinero en un restaurante que el hecho por una empleada del hogar. Sin embargo, cubren la misma función de cuidado.

Por su parte, en la esfera privada, los hombres suelen cubrir tareas distintas, que no requieren la presencia, responsabilidad, disponibilidad y cotidianeidad de las tareas que cubren en mayor medida las mujeres. No es igual hacer un día del fin de semana una comida, que responsabilizarse de que haya alimentos para hacer comida todos los días de la semana y que esas comidas estén listas y disponibles a horas determinadas todos los días. Es decir, ni ellos mismos ni la sociedad en su conjunto atribuyen a los hombres la identidad de cuidador ligada al sacrificio, a cierta renuncia, mientras que sí se la atribuyen a las mujeres. Se asume que cuidan o pueden cuidar siempre y cuando eso no tenga unos costes determinados, ya sea en términos económicos y laborales (Martínez-Pastor et al., 2024) o en términos sociales y de valoración.

La ausencia de los hombres en los cuidados es tan generalizada y esta situación está tan arraigada en la cultura, sociedad y economía que ni siquiera los arquetipos que recogen el inconsciente colectivo presentan un arquetipo masculino que cubra la figura del “cuidador”. Cuando Pearson (1944) habla del arquetipo del mártir, el sacrificio que hacen las mujeres suele ponerse en su rol de madres que cuidan a su descendencia, mientras que en los ejemplos de hombres el sacrificio se hace por la patria o por llevar los recursos económicos a la familia, pero no por estar presente cuidando y responsabilizándose por el bienestar de otra persona si eso supone sacrificar los deseos y objetivos propios. Y autores como Robert Moore y Douglas Gillette (1990), que escriben sobre los Arquetipos para una nueva masculinidad, ni siquiera consideran el arquetipo del Cuidador como parte del desarrollo de la psique masculina.

En este contexto, los pequeños avances que permiten a toda una sociedad la posibilidad de vislumbrar a los hombres como padres cuidadores entregados al bienestar y cuidado de sus bebés se ven como “saltos cuánticos”, puesto que permiten cambios de roles, aunque sea potencialmente y todavía minoritarios (Recio Alcaide et al., 2024). Sin embargo, estos saltos cuánticos son esos cambios que ocurren en la práctica y en el imaginario, pero que no se mantienen necesariamente, sino que pueden volver al *status quo*, a la situación generalizada de que los hombres no adquieren mayoritariamente ese rol de cuidadores principales si no se apuntalan con una estructura, unas políticas públicas que vayan fomentando que cada vez sean más hombres cuidando, que su rol e identidad se reconozcan y validen a escala social. Parece que los hombres cuidadores existen, pero su existencia es tan minoritaria y está todavía tan poco consolidada que cuesta asir esa realidad para la mayoría de la sociedad.

Los arquetipos masculinos no incluyen al “cuidador” en el desarrollo de cada persona. El hombre que está desarrollando su dimensión de “mártir”, que es capaz de realizar sacrificios por algo que no es uno mismo, no suele ser por el bienestar de otra persona, por anteponer las necesidades vitales de cuidado y de afecto de otra persona, sino por causas de la esfera pública como el bien de una organización o un país, por ejemplo. Y es precisamente la presencia de ciertas figuras de forma generalizada, que ocurren en todas las sociedades a lo largo del tiempo, las que permiten desarrollar e incorporar un arquetipo como expresión del inconsciente colectivo, o un ideal en el que ver una idealización del propio ser. Si en el siglo XXI se consigue que muchos hombres cuiden en diferentes etapas de su vida, será más fácil imaginar y potenciar que más hombres cuiden. Tendrían modelos y un arquetipo en el imaginario colectivo que representara lo que eso significa. Es un círculo virtuoso o vicioso, depende de la tendencia. Estamos en un punto crítico en España en el que podemos avanzar hacia la expansión de ese modelo de hombre cuidador y facilitar su generalización. En cierta medida, en la cultura judeocristiana, la figura de San José ha podido cumplir esa idealización de padre presente que enseña y cuida, que es capaz de proteger más allá de los imperativos culturales de la época. Sin embargo, no es una figura especialmente

ensalzada y reconocida. Veremos más en detalle en el apartado de “Reacción ante los avances” las posibilidades de que este arquetipo se configure más intensamente si se producen ciertos comportamientos de forma general.

Como contraste, el rol de mujer cuidadora, el arquetipo de la mártir, se identifica directamente con la figura de la madre, aunque no todas las madres estén en ese arquetipo necesariamente. Como hay una masa crítica, sea en la actualidad o en el pasado, es fácil entrar en esa senda, la fuerza colectiva empuja hacia ese arquetipo cuando se está en ese rol. Podemos fácilmente imaginar a una madre abnegada y que renuncia a muchos de sus deseos y aspiraciones por cuidar. No es que todas las madres sean así, pero hay un número suficiente para que todo el mundo se imagine a este tipo de mujer, aunque también se puede desarrollar una maternidad organizada principalmente alrededor del arquetipo de la reina, de la maga, de la amante, de la guerrera. Pensemos en esas matriarcas al mando de familias completas, esas madres que consiguen “mágicamente” que todo fluya, aquellas centradas en el juego y el disfrute o aquellas madres que tienen que luchar por el bienestar de su descendencia, como, por ejemplo, aquellas mujeres que han sufrido la violencia de género y que solo sacan a la guerrera para pelear cuando empiezan a ver que esa situación también pone en peligro a sus hijos e hijas. En el caso de las mujeres, y especialmente de las madres, es el arquetipo de la vagabunda el que no se ha incorporado de forma generalizada. Sin embargo, en los últimos 50 años, con la participación cada vez más mayoritaria de las mujeres en la esfera pública, tanto en el mercado laboral como en otros ámbitos, con las vivencias en otros países y el seguimiento de sus propios objetivos, este arquetipo se va lentamente incorporando. Pero la preponderancia del Mártir o Cuidador como arquetipo central en la mujer dificulta integrarlo sin generar culpas, desencuentros y acusaciones tanto a nivel individual como social.

Nos es fácil ver a un padre asumiendo el arquetipo de guerrero, rey o mago. Ese padre luchador que pelea por conseguir un hogar, aquel que tiene una capacidad de mandar o ese que consigue que se cumplan algunos sueños cuando parecían imposibles. Sin embargo, el arquetipo de mártir en el rol de padre o en el de hijo que cuida a sus progenitores en situación de dependencia no es algo extendido. Existen hombres así, al menos parcialmente, como todos los arquetipos, pero es una figura tan minoritaria en el presente y a lo largo de la historia que no ha entrado en el relato mítico, en los arquetipos que nos vienen al imaginario. Por supuesto, para cuidar no se necesita estar absorbido por el arquetipo de Mártir o Cuidador, pero sí es necesario tenerlo activo en cierto grado, para tener la capacidad de sacrificio y de priorizar el bienestar ajeno a los propios deseos y objetivos.

En la actualidad, el rol de los padres está más ligado al arquetipo del rey o del guerrero, incluso del vagabundo, en el caso de esos padres ausentes que salieron al mundo para cumplir sus deseos

vitales, crear sus organizaciones exitosas, ir al otro lado del mundo a tener éxito económico y realizarse, perderse en el mundo laboral. Para poder desarrollar un rol de padre cuidador es necesario que a nivel social se dé más reconocimiento y espacio al arquetipo del mártir, a esos hombres que priorizan el bienestar y el cuidado del otro, para que internamente se asuma el cuidado como una parte relevante del rol de padre y de la identidad masculina en general.

Una mayor presencia y generalización de padres cuidadores daría visibilidad a esta figura y permitiría que el arquetipo del Cuidador se integrara en el autoconcepto masculino. Los hombres incorporarán el cuidado como algo esencial, no solo en la etapa vital de convertirse en padres, sino también como hijos, compañeros, trabajadores y ciudadanos, como parte sustancial de su identidad. Son todavía pocas las personas que tienen interiorizado esta idealización de los sentimientos, comportamientos y formas de afrontar la vida que pueden generalizarse para los padres cuidadores, en particular, y los hombres cuidadores, en general. Este fenómeno existente en la realidad, pero minoritario, está lejos todavía del imaginario colectivo para gran parte de la sociedad, tanto en el caso del imaginario de los hombres como de las mujeres. Los padres cuidadores y los hombres cuidadores que realizan tareas de apoyo con personas en situación de dependencia de forma recurrente y cotidiana son todavía minoritarios, aunque empiecen a tener cierta visibilidad. El arquetipo del Cuidador o Mártir para la identidad masculina está todavía ausente.

5. POLÍTICAS PÚBLICAS: LOS PERMISOS DE PATERNIDAD EN ESPAÑA

Las políticas públicas son herramientas que permiten estructurar y generalizar comportamientos en las sociedades. La provisión generalizada de determinados servicios, la garantía de derechos, el anclaje de ciertos roles y la ejemplificación por medio de la ley son elementos de las políticas públicas que marcan en gran medida lo que se estima en general como correcto o “normal” en la sociedad. Muchas políticas parten de una ley que actúa como ancla moral (Bilz y Nadler, 2009). Pensemos, por ejemplo, en cómo una ley modificó sustancialmente lo que toda una sociedad asumía como normal respecto a fumar en espacios cerrados y cómo varió, o cómo otra ley modificó comportamientos generalizados respecto a la posibilidad de trabajar desde casa o a las percepciones sobre las bondades o perjuicios de abrazarse. Existen políticas y leyes que modifican rápidamente comportamientos, otras que llevan más tiempo para consolidarse y otras que no consiguen consolidar ciertos comportamientos, a pesar de la inclusión de castigos, como multas para evitar ciertos comportamientos al volante, por ejemplo, o incluso que tipifiquen comportamientos para intentar erradicarlos, como el acoso sexual.

Los detalles de los diseños de las diferentes políticas son los que hacen que ciertas políticas se conviertan en casos de éxito al conseguir sus objetivos rápidamente y de forma generalizada, mientras que en otros casos no se termina de impulsar ciertos comportamientos. Volvamos de nuevo a la cuestión del tabaco. Las políticas han conseguido erradicar prácticamente el humo dentro de los sitios cerrados, pero todavía hay millones de fumadores. Las campañas de sensibilización sobre todos los efectos negativos para la salud han reducido la prevalencia en la población, pero sigue habiendo millones de fumadores y siendo más prevalente entre hombres que mujeres (Observatorio Español de las Drogas y las Adicciones, 2023).

En el caso de los permisos parentales, aquellos que marcan un estándar de cómo se espera que participen los progenitores en el cuidado de sus hijos cuando están incorporados al mercado laboral, se ha observado qué elementos del diseño de la ley son clave para provocar cambios sociales estables y rápidos, cambios mayoritarios de comportamiento por parte de los padres. Estos elementos se han visto que funcionan casi a la perfección para el grupo de padres según la evidencia nacional e internacional (Castro García y Pazos Morán, 2016; Castellanos-Serrano et al., 2024a): los hombres utilizan los permisos bien remunerados e intransferibles, es decir, permisos individuales que son dirigidos para ellos y que no pueden transferir a su voluntad, que si no los usan los pierden. En el caso de España, esto se vio perfectamente con el éxito de introducir el permiso de paternidad de dos semanas en 2007 con la Ley Orgánica 3/2007, de 22 de marzo, para la igualdad efectiva de mujeres y hombres. Los padres no usan para cuidar de forma generalizada las vacaciones o las excedencias para el cuidado de los bebés, pero sí usaron de forma mayoritaria el permiso de paternidad, de 2, 4 o 5 semanas y que no era obligatorio, desde que se implantó hasta 2019 (Castellanos-Serrano et al., 2024a). Este cambio de comportamiento no es exclusivo de un periodo corto de tiempo, sino que se ha visto generalizado cuando se ha producido la equiparación del permiso que tienen los padres al que ya disponían las madres en 2021. La introducción en España del permiso por nacimiento y cuidado del menor, cambio de denominación del anterior permiso de paternidad, se produjo en 2019, pasando de 5 a 8 semanas y aumentando 4 semanas cada año en 2020 y 2021. A partir de entonces, los permisos parentales remunerados eran iguales para padres y madres. Más del 90% de los padres, frente al casi 99% de las madres, usan la totalidad del permiso de 16 semanas, intransferible y pagado al 100%, con datos administrativos de la Seguridad Social (Recio Alcaide et al., 2024). ¿Es frecuente que una reforma del sistema de permisos parentales tenga esta aceptación tan generalizada? No. El resto de países no ha conseguido que la mayoría de padres usen un número de días similares a la mayoría de madres, ni un número similar al número de días que les ofrecen en total si parte del permiso es transferible o remunerado a tasas que no sean similares a sus ingresos previos. Y, sin embargo, sí es generalizado que los permisos intransferibles y bien remunerados son usados por la mayoría de padres.

¿Se ha conseguido igualar el rol de cuidador principal del padre al que tiene la madre con la equiparación del permiso? Tampoco. En España, el rol de padre ayudante se ha convertido en el mayoritario en las nuevas cohortes de bebés. Más del 50% de los padres usan todo el tiempo de permiso a la vez que la madre, debido al diseño específico de la ley que obliga e incentiva al uso simultáneo. Menos del 20% usan las 10 semanas voluntarias que pueden separar tras las 16 semanas desde el nacimiento, que es cuando podrían cuidar solos mientras la madre vuelve al mercado laboral, ya que el 95% de las madres utilizan las 16 semanas seguidas tras el nacimiento. Menos del 15% usan estas 10 semanas seguidas, comportamiento que se estima más plausible que se esté dando al priorizar el cuidado del bebé y que corresponda probablemente al rol de padre cuidador (Recio Alcaide et al., 2024). Esta proporción es similar al porcentaje de padres que usan sus 10 semanas voluntarias, pasadas 20 semanas desde el parto, dando opción a que la madre haya usado también semanas de lactancia y/o vacaciones, que es un comportamiento habitual entre las madres (Castellanos-Serrano et al., en prensa).

Es decir, a falta de datos concretos sobre los usos del tiempo y qué tareas en concreto hacen los progenitores en el primer año de vida del bebé, se puede asumir que en torno al 15% de los padres que tuvieron permisos (que fueron un 73,4% en 2022) son padres corresponsables, que cuidan en solitario mientras la madre está en el mercado de trabajo. Esto supone algo más de un 10% de todos los padres de cada cohorte anual de bebés (Recio Alcaide et al., 2024). Es difícil generar un modelo idealizado de padre cuidador en la sociedad con una proporción tan reducida. Incluso cuando se vayan acumulando año tras año, la proporción de “padres ayudantes”, aquellos que cuidan a la vez que las madres en gran parte, y de “padres ausentes”, aquellos que no usan todo el permiso que les corresponde o que no cuidan, es mucho mayor y también crece de forma acumulativa y se une a toda una población en que el rol del padre desde el nacimiento era secundario, con permisos de dos días antes de 2007, de dos semanas hasta 2016 y de 4 semanas en 2017, 5 en 2018, 8 en 2019 y 12 en 2020 (Recio Alcaide et al., 2024).

Además, se observa que los padres no han llegado a un tiempo máximo (de 16 semanas actualmente), que usarían de permiso, sino que usarían de forma mayoritaria un permiso hasta de 26 semanas si se ampliara (Fernandez-Cornejo et al., 2024).

Sin embargo, esta distribución de usos de los permisos con una mayoría de uso simultáneo del permiso se puede modificar sustancialmente con pequeñas reformas de la ley. Si en lugar de obligar a la simultaneidad de 6 semanas del permiso y no garantizar el uso del resto cuando decida cada progenitor durante ese primer año, se obligara solo a dos semanas simultáneas y se garantizara que el resto de semanas se pueden turnar, la ley estaría marcando un mensaje radicalmente distinto y la ciudadanía lo incorporaría mayoritariamente. Este diseño indicaría

que es esencial la presencia de ambos progenitores en el momento del nacimiento, esa presencia de figuras cuidadoras desde el principio, a la vez que se permite y garantiza que los hombres puedan ejercer el cuidado de un bebé en solitario por un periodo de una extensión similar al que utilizan la mayoría de mujeres, sin necesidad de que ellas estén presentes. Este periodo resulta muy importante para desarrollar sus capacidades y su identidad de padres cuidadores.

Estos cambios sí permitirían que el salto cuántico al que puede ayudar una reforma del sistema de permiso parentales fuera sustantivo y estructural. La ley no pasaría de un mensaje de padre ausente a uno de padre ayudante, como ha supuesto la equiparación de 2021, sino que reforzaría el rol de padre cuidador principal. En los primeros años serían mayoría en cada cohorte, aunque minoría social, pero ese arquetipo de padre cuidador se iría instalando en la sociedad conforme creciera el grupo de hombres que ha experimentado la vivencia intensa de cuidar de un bebé durante unos cuatro meses autónomamente. Crearían no solo una identidad individual, sino también una identidad colectiva, ya que el cambio compartido reduce los costes, aumenta la visibilidad y el reconocimiento social de los roles. Esta reforma de política pública ayudaría a instaurar el arquetipo masculino de Cuidador en toda la sociedad, produciendo un cambio cultural que modificaría necesariamente la cultura y la economía.

6. REACCIÓN ANTES LOS AVANCES

Este cambio silencioso y acumulativo es lo que ha ocurrido en Islandia, donde los padres comenzaron a tener tres meses de permiso parental intransferible bien remunerado en 2003. Y año tras año es mayor la proporción de familias en que padres y madres comparten el cuidado de los hijos de forma corresponsable a partir del primer año. En 2014 eran ya casi la mitad de esa cohorte. ¿Y por qué no se conseguía la igualdad antes del año? Porque en Islandia las madres usaban 6 meses y, por tanto, seguían siendo cuidadoras principales durante más tiempo no solo en la práctica, sino de forma simbólica y legal en el primer año. Desde 2012 a 2020 ha habido negociaciones en Islandia sobre el diseño y sobre qué parte debía ser intransferible, porque es la que usan los padres. En 2020 se aprobó una ampliación a 6 meses para cada progenitor como derechos individuales, pero 6 semanas permanecieron como transferibles. Esto supone que en la actualidad la mayoría de hombres cuida unos 4 meses y medio de forma autónoma y el resto del primer año las madres. En definitiva, supone que a nivel social se instale un rol de padre corresponsable, pero en una sociedad en la que el cuidado de los bebés es todavía atribuido a las mujeres en mayor medida. Cuando los bebés tienen 3 años, el 80% de los hogares indican que madre y padre cuidan por igual (en el otro 20% cuida la madre siempre o mayoritariamente) (Arnalds et al., 2022).

Según explican Arnalds et al. (2022), son muchas las resistencias a la hora de modificar el permiso y ciertos detalles pueden cambiar en cualquier momento de la negociación política y del debate social. Sin embargo, el uso masivo de los padres de los tres meses de permiso desde que se implantó (en torno al 90%, similar al uso en España) es indicativo de una modificación de política en la que la ley permite que se produzca un cambio para el que la sociedad estaba ya ampliamente preparada. El cuidado en solitario de los padres está ya tan integrado en la sociedad que, a pesar de las resistencias, la mayoría sigue apostando por el rol de padre cuidador como elemento clave para garantizar que los bebés sean cuidados por sus progenitores y fomentar la igualdad en el mercado laboral. El arquetipo de cuidador, aunque sea más saliente entre las mujeres, es prevalente también en los hombres y se ha incorporado al imaginario colectivo islandés.

En España, país en el que el contexto general tiene incorporado el principio de igualdad de género en menor medida que en Islandia, las reacciones en contra de los avances realizados son todavía mayores. Si bien se ha podido avanzar en el diseño al aprender de los casos islandés y sueco la importancia de que los permisos sean iguales, además de intransferibles y remunerados al 100%, para que el uso sea igual, la falta de “errores” internacionales previos respecto a la obligación de simultaneidad ha llevado a que en España la legislación y el correspondiente uso promueva la simultaneidad, cuando la corresponsabilidad se consigue a través del cuidado en solitario según la evidencia (Bünning, 2015; Castrillo et al., 2020; Duvander et al., 2017; Fernandez-Cornejo et al., en prensa). Mientras que en Islandia se daba flexibilidad en el uso por turnos y en Suecia se prohibía directamente el uso simultáneo en la mayor parte del permiso, en España se ha obligado al uso simultáneo en más de un tercio del tiempo y no se ha garantizado el uso sucesivo en el resto.

Tras casi cuatro años de plena equiparación del tiempo de permiso, y siendo España el primer país del mundo en que los hombres utilicen un número similar de días al que usan las mujeres (Recio Alcaide et al., 2024), es inminente una nueva reforma del permiso, ya que España no cumple con la Directiva Europea de Conciliación y tiene la obligación de hacerlo. Con aumentar el permiso de nacimiento a al menos 20 semanas se cumpliría la directiva. Este parece uno de los motivos clave para que varios partidos políticos estén actualmente de acuerdo en la ampliación del permiso a esta extensión. No obstante, la demora en esta ampliación, que afectaría tanto a mujeres como a hombres y cuya iniciativa parece proceder de la legislación europea, ya evidencia la prioridad dada a los cuidados en las políticas públicas en general, y en particular, en el caso de impulsar que los hombres prioricen el cuidado a su participación en el mercado laboral.

Sin embargo, cabe señalar que la legislación comunitaria mantiene permisos remunerados de diferente duración para madres y padres, más largos para las madres en 12 semanas (Castellanos-Serrano, 2022). Por tanto, en España, nos enfrentamos a un impulsor del cambio de ley que, mientras en otros países supone un facilitador para que al menos los padres tengan dos meses

y medio remunerados por ley, en nuestro país es un elemento que impulsa al retroceso en igualdad, aunque impulse a tener más tiempo para las madres, si se recoge en términos de mínimos. En España es necesario más tiempo para el cuidado directo de todos los progenitores, es una necesidad social, puesto que no hay suficientes plazas de escuela infantil de 0 a 3 años gratuita y de calidad, y con los permisos actuales no se está cerca de cubrir el primer año de vida de los bebés. La mayoría de los bebés hoy están cuidados con permisos remunerados en el hogar algo más de 16 semanas, puesto que muchas madres unen las vacaciones y la lactancia acumulada al permiso. Los padres solo alargan este tiempo en una minoría de casos, como se ha visto previamente.

Ahora las resistencias a avanzar para que cada progenitor pueda tener cerca de medio año para cuidar son enormes, pero son especialmente altas para que los hombres cuiden solos durante cuatro, cinco o seis meses seguidos. Las voces de la sociedad tiran de los arquetipos existentes y se resisten al cambio que nos acerque a la igualdad de género. Se utilizan todo tipo de argumentos para apuntalar la figura de la madre mártir, para que no se pierda el “reconocimiento” de esta figura. Así, se intentan crear permisos que alarguen el tiempo que tienen las mujeres fuera del mercado laboral en mayor medida que los padres, por ejemplo, aduciendo motivos de salud, como si el permiso por nacimiento no cubriera ya esas cuestiones. Es imposible separar el tiempo en el que la madre que ha parido se recupera del parto y el cuidado que ofrece al bebé.

Cuando el rol del padre cuidador era solo una ficción a escala social, el rol de padre ausente era el mayoritario y nos encontrábamos en pleno auge de la ola feminista de la segunda década del siglo XXI, las resistencias se excusaban en argumentos como la falta de recursos económicos o la asunción de que los padres no iban a encarnar ese rol de cuidador. El movimiento feminista y las mujeres, que estaban conquistando muchos espacios y lugares de poder, tanto individualmente como de forma colectiva durante la ola feminista, apoyaban con fuerza la reforma hacia los permisos igualitarios, sabiendo que la participación equilibrada de los hombres en el cuidado es una condición necesaria para que las mujeres participen en el resto de espacios públicos también de forma equitativa.

Ahora que está comenzando a incrementarse de forma sustantiva el rol de padre ayudante y ya puede observarse el rol de padre cuidador, del *homo curans*, aunque sea de forma minoritaria, y estamos en un momento de contrarreacción, en el que el movimiento feminista no tiene tanta fuerza, está dividido y muchos ámbitos de la lucha por la igualdad de género están perdiendo relevancia y recursos, las resistencias han vuelto a crecer. Estas resistencias vienen de muchos lados, tanto de hombres como de mujeres, empujados por agentes claves de la sociedad como partidos políticos y agentes de la sociedad civil. Se apela a la emoción, a los arquetipos consagrados, a lo que ya es conocido y se valora, aunque sea la causa de muchos de los males sociales y económicos que sufrimos, aunque el desequilibrio en la participación en el cuidado apunte

la división sexual del trabajo y sea una causa del menor desarrollo de relaciones afectivas en el largo plazo, que son clave para el bienestar vital, también para los hombres (Waldinger, 2015).

Existe una resistencia al cambio, especialmente fuerte cuando se ve posible. Muchos hombres no ven los beneficios de incorporar el rol de cuidador a su identidad, de potenciar la dimensión del “aprecio” de su autoestima, pero tienen muy presente los perjuicios de renunciar a ciertos privilegios económicos y sociales, que apuntalan su “valía”, esa dimensión de la autoestima tan desarrollada en el ámbito masculino. Temen abandonar o ser despojados de los arquetipos de rey, mago o vagabundo, sin haber hecho propias todavía las bondades del arquetipo del cuidador. Por su parte, muchas mujeres no terminan de ver los beneficios de “compartir” el ámbito familiar y del cuidado, donde podían tener un papel con más poder o al menos visibilidad, ligado al arquetipo de reina o maga en el hogar, en complemento al de cuidadora. Porque temen arriesgar el “aprecio”, un elemento central de la autoestima de muchas mujeres, y no ven en ocasiones los beneficios de desarrollar otros roles, cuyos arquetipos como el de vagabundo o rey no tienen en mucho caso incorporados.

La división sexual del trabajo estructurada materialmente en las diferentes condiciones de vida de los hombres y las mujeres, que experimentan diferentes usos del tiempo, diferente acceso a los recursos económicos, diferente reconocimiento personal, social y económico, diferentes niveles de seguridad y autonomía, apuntala la preeminencia del arquetipo de vagabundo en los hombres y del arquetipo de cuidador en las mujeres, más allá de que puedan estar activos otros arquetipos. A lo largo del siglo XIX y especialmente del XX, las acciones de las mujeres en busca de su desarrollo individual y colectivo han supuesto cambios de leyes y políticas y han ido modificando sus condiciones vitales, mejorándolas y expandiendo sus posibilidades de acción y de ser, activando en mayor medida muchos de los otros arquetipos, y en especial el vagabundo. Queda camino por recorrer, pero el avance ha sido sustantivo.

Por su parte, los hombres han empezado a configurarse a través del rol de cuidador, pero todavía nos encontramos en una etapa muy incipiente. La acción de los hombres por desarrollar la legislación y políticas que apuntalen las condiciones que consideran necesarias para desarrollar el arquetipo del cuidador son todavía muy escasas. De hecho, son las mujeres las que han empujado, por ejemplo, para conseguir los permisos igualitarios (Castellanos-Serrano, 2019). Sin embargo, cuando este grupo minoritario de hombres con el arquetipo de cuidador activado empieza a integrarlo en su identidad y valorarlo, se convierte en modelo y puede ir empujando hacia este cambio de políticas y condiciones de vida que lleve a un cambio de arquetipos y de imaginario colectivo, a un cambio cultural y social. Esta posibilidad de cambio y de toma de iniciativa de los hombres por el cambio propio para la transformación social es un potencial que se enfrenta a muchas resistencias, propias y ajenas. Estamos en un momento que puede ocurrir o diluirse

en parte hasta que vuelva a haber un empuje social por la inestabilidad y malestar individual y social que produce la actual división sexual del trabajo.

La situación intermedia actual en la que se vislumbran los padres cuidadores, pero donde todavía son salientes los padres proveedores y ausentes, en el que no es obvio para muchas personas los beneficios de asumir ciertos arquetipos que no suelen estar ligados al desarrollo de las identidades femeninas y masculinas, en el que la estructura de la sociedad y política, tampoco apunta los comportamientos asociados a dichos arquetipos, y en el que a nivel cultural y político hay una contrarreacción patriarcal. Es un contexto en el que hay muchas resistencias a los avances de las políticas encaminadas a apoyar la igualdad de género, es decir, una sociedad y una economía donde cada hombre y cada mujer puedan desarrollar sus roles vitales incorporando todos los arquetipos expuestos, sin condicionamientos de género.

7. CONCLUSIONES

Cada persona es un mundo, y su identidad, emociones, forma de abordar la vida y comportarse son únicas. Todos estos elementos van a ser sustanciales para su autoestima, para su autoconcepto, para su bienestar individual y para su desarrollo personal. Sin embargo, muchos de los comportamientos de cada sujeto que se avienen a patrones sociales determinados, como pueden ser los roles de género, vienen impulsados por las oportunidades reales que tienen en su entorno, así como por la influencia de la cultura en que se mueven. Las expectativas, posibilidades de acción, oportunidades, identificación con arquetipos del imaginario colectivo son cualitativamente diferentes para mujeres y hombres.

En muchos elementos se ha avanzado y difuminado los diferentes roles sociales que se suelen asignar a hombres y mujeres, pero quizá el rol más inmutable de los últimos siglos ha sido el de madre, con un arquetipo cuidador muy saliente y vagabundo prácticamente inexistente, mientras que el rol de padre cuidador está en unas etapas muy iniciales de desarrollo. El rol de padre proveedor sigue siendo preponderante en nuestras sociedades. Mientras el aumento masivo de la participación de las mujeres en el mercado de trabajo se ha considerado el gran fenómeno que ha modificado la economía y sociedad en el siglo XX (Goldin, 1990), siendo destacada la figura de madre proveedora en muchas sociedades, está por ver si las políticas públicas van a apoyar a que se produzca ese salto evolutivo que considera Wilber (2005) que sería la incorporación masiva de los hombres al cuidado, empezando en su rol de padres.

Son variadas las políticas públicas que tienen en teoría el objetivo de avanzar hacia la igualdad de género, pero la mayoría están centradas en el cambio de las mujeres y pocas tienen impactos

positivos sustantivos. Sin embargo, los datos nos señalan que donde hay mayor margen de cambio es en el comportamiento de los hombres para alcanzar esa igualdad. Muy pocas políticas públicas centran el objetivo en incorporar a los cuidados a los hombres de forma generalizada, cuando este elemento es esencial para reducir o acabar con la división sexual del trabajo, que es un elemento estructural del patriarcado y de la desigualdad de género.

La política de los permisos parentales es la política pública que se ha observado que tiene, si se cumplen ciertas características, un mayor impacto en conseguir el objetivo de que los hombres cuiden (Arnalds et al., 2022). No hablamos de algunos, sino de una mayoría social, de cohortes casi enteras de padres en un momento clave, el nacimiento de un bebé. Este cambio es muy relevante tanto para los padres que cuidan como para los bebés que reciben dicho cuidado. Esas criaturas pueden incorporar desde la infancia, desde el inconsciente, el rol de padre cuidador, la importancia del arquetipo de cuidador tanto en la identidad de los hombres como de las mujeres. Además, este cambio en el rol de los padres puede trasladarse a otras esferas, pudiendo ayudar a que los hombres se incorporen al cuidado de otras personas adultas o personas en situación de dependencia.

Se observa nítidamente que los permisos parentales ayudan a que la identidad de padre cuidador emerja, cuando esos permisos se usan de forma autónoma, independiente de la presencia de la madre, por periodos extensos de tiempo. Cuando ambos progenitores usan el permiso a la vez, suele sobresalir el rol de padre ayudante (Fernández-Cornejo et al., 2024). Los padres ausentes o exclusivamente proveedores económicos siguen presentes en ocasiones, pero con menor prevalencia.

Modificar la ley para conseguir permisos parentales iguales, intransferibles, pagados al 100%, con la mayor parte de uso sucesivo para que el cuidado sea autónomo por cada progenitor y con una extensión considerable de tiempo en el primer año de vida del bebé sostiene cambios de comportamiento individuales y sociales rápidos, con costes relativamente bajos, que permiten realizar un cambio de los roles de género significativo, permitiendo que emerjan arquetipos menos salientes en las identidades de mujeres y hombres. En concreto, este cambio de política sostiene el apoyo al arquetipo del cuidador en los hombres, a través del impulso del rol de padre cuidador, y el del arquetipo del vagabundo en las mujeres, pues permite experimentar el salir a cumplir los propios objetivos, sabiendo que el cuidado, elemento relevante en su identidad de madres, queda cubierto por un progenitor cuidador.

Este tipo de permisos, por sí solos, no modificarán toda la sociedad y economía y los roles sociales que mujeres y hombres suelen tener, pero son un elemento estructural y necesario para este cambio. Son un empuje por el que empezar el cambio de forma cuidadosa, puesto que el cuidado infantil

suele ser una puerta con muchas alegrías. Como se indicaba, en un contexto donde las necesidades sociales de cuidado son tan grandes, tanto en la infancia como en la vejez, es totalmente necesario la provisión pública universal de servicios educativos y de cuidado infantil, así como servicios de cuidado de larga duración, de buena calidad ajustados a las diferentes necesidades individuales. Pero esto es solo una pata. Se necesita igualmente el desarrollo de una estructura socioeconómica que permita y fomente el desarrollo de hombres que cuiden, y para los que el cuidado sea un elemento importante de su desarrollo y vida. Los permisos iguales, intransferibles, bien remunerados y de uso autónomo por cada progenitor han demostrado ser una política que protege el cuidado en general y fomenta que los padres cuiden de forma corresponsable. ¿Se convertirá España en una referencia mundial o las resistencias impedirán el avance próximo? ¿Conseguiremos en el siglo XXI que los hombres cuidadores, que el *homo curans*, se conviertan en una mayoría social y que se incorpore al imaginario colectivo?

8. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Akerlof, G.A. y Kranton, R. E. (2010). *Identity Economics: How Our Identities Shape Our Work, Wages, and Well-Being*. New Jersey: Princeton University Press.
- Arnalds, A.A., Eydal, G.B., y Gislason, I.V. (2022). Paid Parental Leave in Iceland: Increasing Gender Equality at Home and on the Labour Market, en Caroline de la Porte et al. (Ed.) *Successful Public Policy in the Nordic Countries*. Oxford University Press.
- Bilz, K. y Nadler, J. (2009). Law, psychology, and morality. In D. M. Bartels, C. W. Bauman, L. J. Skitka, & D. L. Medin (Eds.), *Moral judgment and decision making*; (pp. 101–131). Elsevier Academic Press.
- Bünning, M. (2015). What happens after the “Daddy Months”? Fathers involvement in paid work, childcare, and housework after taking parental leave in Germany. *European Sociological Review*, 31 (6), 738–748. <http://doi.org/10.1093/esr/jcv072>
- Castellanos-Serrano, C. (2019). Una reforma del sistema de permisos parentales liderada por mujeres. En Calderón Patier, C. y Mateos de Cabo, R. *Barreras e impulsores del desarrollo profesional de las mujeres. Tiempo de soluciones*, (pp. 225-258). Valencia: Tirant Humanidades.
- Castellanos Serrano, C. (2023). Políticas de igualdad de género y laborales. En J. Casares Ripol y E. San Martín González (Eds.), *Política Económica Española. Lecciones*. Pamplona: Civitas.
- Castellanos Serrano, I. y Castellanos-Serrano, C. (2024). Fomento de las masculinidades cuidadoras, en Iglesias Onofrio, M. & Pérez de Guzmán Padrón, S. (Coord.) *Corresponsabilidad, espacios de cuidados y políticas públicas de igualdad de género en Iberoamérica*; (pp 599-620). Madrid: Dykinson.
- Castellanos-Serrano, C., Escot, L. y Fernández-Cornejo, J.A. (2024a). Parental Leave System Design Impacts on Its Gendered Use: Paternity Leave Introduction in Spain, *Family Relations* <https://doi.org/10.1111/fare.12875>
- Castellanos-Serrano, C., Fernández-Cornejo, J.A., Recio Alcaide, A., Escot, L. y Andrés Jiménez, J. (en prensa). Uso sucesivo o simultáneo de los permisos parentales retribuidos: ¿qué diseño apuesta por los padres corresponsables? En *La conciliación de la vida personal y laboral en el marco de la Unión Europea*. Marcial Pons Ediciones Jurídicas y Sociales.
- Castellanos-Serrano, C, Fernández-Lozano, I. y Lapuerta, I. (2024b). Políticas de cuidado y educación infantil en España: propuestas de mejora sin olvidar la igualdad de género.

En *Corresponsabilidad, espacios de cuidados y políticas públicas de igualdad de género en Iberoamérica*. Dyckinson.

Castrillo, C., Rogero-García, J., Romero-Balsas, P., & Meil, G. (2021). Becoming primary caregivers? Unemployed fathers caring alone in Spain. *Families, Relationships and Societies*, 10 (3), 517-533. <https://doi.org/10.1332/204674320X15919852635855>

Castro-García, C., y Pazos-Moran, M. (2016). Parental Leave Policy and Gender Equality in Europe. *Feminist Economics*, 22 (3), 51–73. <https://doi.org/10.1080/13545701.2015.1082033>

Domingo Moratalla, A. (2022). *Homo Curans*. El coraje de cuidar. Madrid: Ediciones Encuentro.

Duvander, A.Z., Haas, L., y Thalberg, S. (2017). Fathers on Leave Alone in Sweden: Toward More Equal Parenthood? En M. O'Brien, K. Wall (eds.), *Comparative Perspectives on Work-Life Balance and Gender Equality, Life Course Research and Social Policies* 6. Springer.

Fernández-Cornejo, J. A., Castellanos-Serrano, C., Del Pozo-García, E., & Escot, L. (2024). Parent capability: A factorial survey experiment on the duration of parental leave. *Journal of European Social Policy*. <https://doi.org/10.1177/09589287241258598>

Fernandez-Cornejo, J.A., Castellanos-Serrano, C., Del Pozo-García, E., Escot, L., Cáceres-Ruiz, J.I. y Palomo-Vadillo, M.T. (en prensa). Do I feel entitled to it? Caring dads after the equalization of parental leave in Spain. *International Journal of Sociology and Social Policy*.

Goldin. (1990). *Understanding the gender gap: an economic history of American women*. Oxford University Press.

Kahneman, D. (2012). *Thinking, Fast and Slow*. London: Penguin.

Martínez-Pastor, J.I., Fernández-Lozano, I., Jurado-Guerrero, T. y Castellanos-Serrano, C. (2022). Caring Fathers in Europe: towards Universal Caregiver Families? *Gender, Work & Organization*. <https://doi.org/10.1111/gwao.12948>

Moore, R. y Gillette, D. (1990). *King, Warrior, Magician, Lover. Rediscovering the Archetypes of the Mature Masculine*. New York: HarperOne.

Observatorio Español de las Drogas y las Adicciones. (2023). *Estadísticas 2023. Alcohol, tabaco y drogas ilegales en España*. Madrid: Ministerio de Sanidad. Delegación del Gobierno para el Plan Nacional sobre Drogas.

Pazos Morán, M. (2018). *Contra el patriarcado. Economía feminista para una sociedad justa y sostenible*. Katakarak.

Pearson, C.S. (1944). *The Hero Within. Six Archetypes We Live By*. San Francisco: Harper & Row.

Recio Alcaide, A., Castellanos Serrano, C. y Andrés Jiménez, J. (2024). Cómo incide el nuevo diseño de los permisos de nacimiento en la corresponsabilidad: Un análisis con registros administrativos de la Seguridad Social de 2016 a 2023. Papeles de trabajo del Instituto de Estudios Fiscales. Serie economía. N° 4, pp. 1- 90. https://www.ief.es/docs/destacados/publicaciones/papeles_trabajo/2024_04.pdf

Rovira, A. y Escribano, G. (2019). *El Beneficio. Un método revolucionario para mejorar las organizaciones y a las personas que trabajan en ellas*. Plataforma Editorial.

Waldinger, R. (2015). *What makes a good life? Lessons from the longest study on happiness*, Harvard Study of Adult Development, <https://youtu.be/8KkKuTCFvzI>

Wilber, K. (2005). *Sexo, Ecología y Espiritualidad. El alma de la evolución*. Madrid: GAIA Ediciones.

